

THOMAS MERTON

Escritos esenciales

Introducción y edición de Francisco R. de Pascual

© 2006 by Editorial Sal Terrae - 39600 Maliaño (Cantabria)

Fax: 942 369 201 - Tfno.: 942 369 198

salterrae@salterrae.es

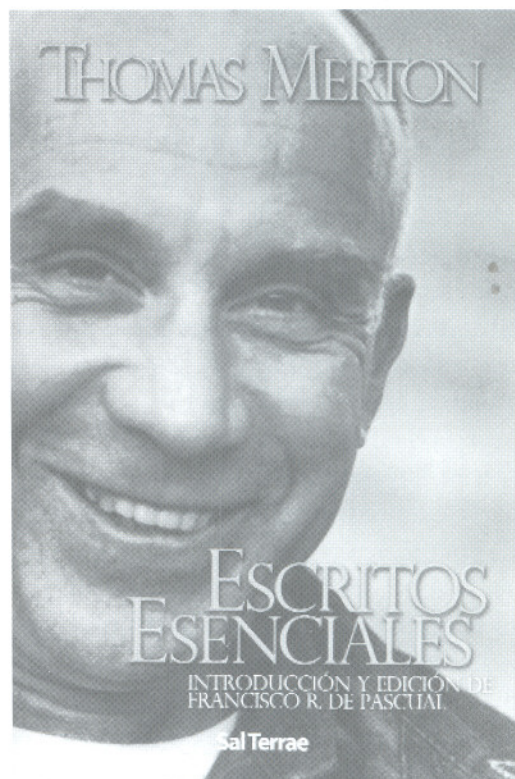
www.salterrae.es

La aventura vital de este monje cisterciense y contemplativo universal que fue Thomas Merton (1915-1968) encontró su correlato geográfico en tres etapas diferenciadas que cerrarían el gran círculo de nuestro orbe y completarían un tríptico en el singular viaje sin distancia que es el camino monástico. Podríamos decir, de manera gráfica, que Europa representó para Merton su acceso primero a la *fuerza* contemplativa, de la mano de sus mayores representantes. Su conversión al catolicismo vendría precedida de un «bautismo oceánico», tras haber dejado atrás el viejo continente y su condición de viejo Adán. América (en realidad las dos Américas) constituyó una suerte de *axis mundi* y el descubrimiento de su verdadero yo («ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí»), así como su zambullida en el *río* de la contemplación solitaria y el compromiso solidario (en contra de la guerra, a favor de los derechos civiles...). Finalmente, en Asia, donde murió, se unirían para Merton los dos maderos de la cruz en un eje de vacío y plenitud, un *océano* de compasión infinita. Al término de sus días, Merton había, literalmente, abrazado el planeta entero, acogido sus luces y sus sombras y hollado el desierto y la ciudad antes de adentrarse en el Reino de la infinita soledad y de la sociedad perfecta.

En su juventud, Thomas Merton se dio cuenta de que las estructuras totalitarias de los países en perpetua contienda eran el resultado de una conciencia humana escindida e ignorante de su origen y su destino sagrados. «La raíz de la guerra es el

miedo», afirmaría más tarde Merton en *Semillas de Contemplación*. Tan sólo –propone él– atreviéndonos a sumergirnos en el desierto de nuestra propia soledad y desandando (desanudando y desnudando) los caminos de la vieja humanidad, podremos descubrir un cielo y una tierra nuevos.

Esa proclamación cristiana de Merton no difiere de la de sus predecesores, pero lo que la hace relevante, como en el caso de aquéllos, es su acento contemporáneo, la actualización de las lecciones evangélicas en una clave absolutamente candente. Merton lee la historia con «ojos llenos de fe en la



noche», interpretando las noticias de un siglo desgarrado a la luz de la Noticia del Señor de la historia. Por fortuna, su escritura no es unidireccional o monolítica, y así su relación con el mundo es, en tiempos que entronizan la comunicación de masas y neutralizan la de las personas, un diálogo de corazón a corazón y una religación *de profundis*.

Merton cultiva el arte de la pregunta inteligente, sin tregua, para sacudir los cimientos de nuestros autoengaños más reconfortantes. Conocedor, como pocos, de los caminos contemplativos de la tradición cristiana desde los padres del desierto, Merton no está, en realidad, tan interesado en enseñarnos formas particulares de hacer oración como en recordarnos la posibilidad real y la necesidad vital de *ser* oración. Primero –nos dirá– se hace necesario convertirse a Cristo. Pero eso no basta. En rigor, la conversión cristiana reclama una revolución interior tal que nuestra sed de ser y nuestra nostalgia de pertenencia sólo se saciarán cuando, atravesado el río de la muerte, nazcamos con Él y en Él, convertidos *en* Cristo, hombres y mujeres nuevos. En sus propias palabras, «lo que se nos pide en este tiempo no es tanto hablar de Cristo a los demás cuanto dejar que viva en nosotros para que las personas puedan reconocerlo al darse cuenta de cómo vive Él en nuestro interior».

Como muestra la riquísima selección textual que configura este volumen, Merton hace de la escritura un «oficio divino». Me es sumamente grato poder presentar estas páginas, ciertamente «esenciales», de Merton, cuya compilación es el fruto de mucho tiempo de trabajo constante y paciente, de oración y de maduración por parte de Francisco Rafael de Pascual, monje cisterciense con quien tengo el privilegio y la bendición de colaborar en la difusión del mensaje contemplativo de Merton en español a través de traducciones, ensayos y encuentros. El resultado de ese trabajo es una composición textual plena de sentido en nuestro tiempo: un tejido que integra, a través de un hilo temático dibujado con trazo fino y a la vez nítido, las múltiples facetas de Thomas Merton, dando cuenta de su profunda filiación espiritual y de la anchura de su corazón. La introducción y el

epílogo proporcionan un marco indispensable para la comprensión de los escritos en su contexto y para la cohesión de los fragmentos escogidos, que tienen valor en sí mismos a la vez que se incardinan en un conjunto armónico y congruente. La voz de Merton es no sólo vigente, sino urgente, como ponen de manifiesto sus escritos en torno al misticismo, al diálogo interconfesional y a la paz.

¿Cuál es, en suma, el legado espiritual de Merton para las generaciones que le han seguido y para las venideras? El volumen revela que, en la medida en que Merton fue capaz de leer las noticias de su siglo con el ojo interior del amor, en la medida en que supo penetrar en el corazón de la complejidad social con sencillez y sin egoísmo, y en tanto se hizo portavoz, con lengua de fuego y corazón herido, de una invitación universal a la santidad (la radical cordura y la fuente de la cordialidad), sus palabras fueron las de un verdadero profeta del siglo xx. Y es que, al decir de Merton, «profetizar no es predecir, sino captar la realidad en su momento de suprema expectación y tensión hacia lo nuevo. Esta tensión se descubre, no en un entusiasmo hipnótico, sino a la luz de la existencia diaria».

Deseamos que estos escritos arrojen luz sobre la esencia de la contemplación, que consiste en dar testimonio, como hizo Merton, de que en el fragor de las guerras y en medio de «el ruido y la furia» de nuestro mundo, hoy el Verbo sigue encarnándose y habita entre nosotros.

Presentación del libro por Fernando Beltrán